

EL TSUNAMI POPULISTA

The Populist Tsunami*

JOSÉ MARÍA LASSALLE
Universidad Rey Juan Carlos

Anales de la Cátedra Francisco Suárez
ISSN: 0008-7750, núm. 53 (2019), 313-323

1. EL SEÍSMO EMOCIONAL

La democracia vive estremecida desde el comienzo del tercer milenio al que se asoma la humanidad. El 11S fue el desencadenante de una tensión íntima que debilitó los fundamentos de la Modernidad política después de la proclamación a los cuatro vientos de que la historia había finalizado. La victoria occidental en la Guerra Fría que quedó plasmada con la caída del Muro berlinés se volatilizó en un puñado de años. Desde entonces las emociones se han adueñado de la convivencia colectiva mientras que la racionalidad política ha ido siendo marginada y desplazada a un papel secundario, sino residual.

Hoy un estremecimiento sombrío recorre la superficie de la práctica totalidad de las democracias occidentales. El populismo avanza sobre la piel de ellas minando su crédito y legitimidad. A su paso ha roto tabúes y cruzado líneas rojas que se pensaban infranqueables. Ha dinamitado los consensos cívicos que sustentan la paz social en Europa y América desde la Segunda Guerra Mundial.

Tras su arremetida todo ha sido puesto en duda y ninguna de las instituciones que han estructurado la democracia liberal está a salvo. La clave de ello está en la victimización del pueblo. Este ya no es concebido como un sujeto político sino como una víctima emocional que reclama reparación. El pueblo hoy tiene básicamente un derecho a la venganza: el que reclaman los humillados y ofendidos por un sistema de castas que ha hecho de la democracia un trampantojo de sí misma.

Schmitt vuelve a la política. Y lo hace para habitarla y adueñarse de ella. Es más, no lo hace directamente, sino a través de Hobbes, que vence todos

* Para citar/citation: Lassalle, J.M. (2019). El Tsunami populista. *Anales de la Cátedra Francisco Suárez* 53, pp. 313-323.

los días a Locke al subordinarse la identificación del interés general con una permanente activación del miedo y una instrumentación de la dialéctica amigo-enemigo como soporte de la definición de lo político dentro de la democracia.

Y es que con Schmitt irrumpe la transformación de la democracia liberal en una democracia populista. Desprovista de las aristas más despreciables del totalitarismo clásico, adopta una fisonomía novedosa que le hace aún más inquietante y peligrosa. No en balde se desliza por los meandros de lo aceptable para la opinión pública. Estaríamos, por tanto, ante un totalitarismo de baja intensidad: un movimiento tendencial o inaugural cuya aparición incipiente no repugna todavía a los resortes mayoritarios de lo asumible políticamente desde el fin de la Segunda Mundial.

En este sentido, hay que insistir en que el populismo propone un modelo de democracia alternativa. Niega los patrones institucionales, representativos y legales del modelo vigente y, al mismo tiempo, ofrece otro que apela directamente a la gente para sobredimensionar la esencia popular de la democracia.

El objetivo del populismo es conquistar y preservar el poder al precio institucional que sea. Una fórmula con voluntad regeneradora, sí, pero abrasiva también, pues quiere regenerar el tejido institucional necrosado por el legalismo arrancándolo de raíz. Busca devolver al pueblo su protagonismo mayestático y convertirlo en el cuerpo político que soporta un liderazgo sin intermediarios. Estos desaparecen o se mitigan porque la teoría de la representación es una artimaña para quitar a la gente su voz. Por eso el pueblo debe volver a la mayoría de edad. Pero no en términos kantianos, sino en términos populistas: reivindicando una emocionalidad política que lo somete sin fisuras ni dudas al líder y su relato de regeneración colectiva.

De ahí la importancia de mantener tensa a la sociedad desarrollando un relato épico que estimule su musculatura. Un relato que lo ponga en plena forma a través de su movilización total. “Ni un átomo elitista en su cuerpo” es el lema. Bajo el populismo se desemboca en un estado de guerra permanente dentro de la sociedad. El objetivo es derrotar a los enemigos de la gente y marginar a todos aquellos que exhiben el *spleen* conformista, inmovilista y decadente de las castas.

2. EPISTEMOLOGÍA DEL MIEDO

El miedo es el vector estructural de nuestro tiempo. Desde él se entienden las claves que descodifican la realidad en la que se desenvuelve

el mundo. Un miedo que brota como una pulsión colectiva. Una ansiedad que habita los escombros que deja tras de sí el desmoronamiento de la fe en el progreso iniciado con el tránsito del siglo XX al XXI. De hecho, el populismo es el resultado del colapso de los dispositivos políticos de la Modernidad y de la Ilustración. Concretamente del hecho de haberse incumplido las expectativas de progreso suscitadas con la caída del Telón de Acero y el fin de la Guerra Fría. La luminosa imagen nocturna de aquellos miles de berlineses encaramados sobre el mítico Muro fue abortada con la oscura frustración colectiva provocada bajo la luz del mediodía neoyorquino con el desmoronamiento de las Torres Gemelas. Aquella experiencia televisiva que retransmitía las imágenes de Manhattan asfixiándose entre nubes de polvo y ceniza, demostró que el mito de las creencias y la fuerza de la historia no habían sido desterradas por la racionalidad instrumental de la democracia y el mercado.

Todo lo que había sido sólido desde la Revolución francesa en adelante se desvaneció en unos minutos. La metáfora de la posmodernidad descrita por Jameson se cumplió bajo la forma de una implosión silenciosa que desmenuzaba visualmente el símbolo del corazón financiero de la democracia global ante la atónita mirada del mundo. De las profundidades más oscuras de la historia emergía un Moby Dick que conmocionaba a Occidente. Aturdido por lo inesperado del golpe, ha dado tumbos desde entonces mientras perdía por el camino la fortaleza de su legitimidad. A medida que la realidad se ha tornado más compleja, ha cundido la sensación colectiva de que la democracia es un artefacto potencialmente fallido que no tiene capacidad de enderezar los acontecimientos que hacen ingobernable el mundo. La lógica representativa y la deliberación asociada a ella están cuestionadas por ineficientes, y cunde desde entonces la idea de que son deseables gobiernos que se basen en liderazgos fuertes que ofrezcan milagros inmediatos. Liderazgos personalistas que se confunden con sus electores y que son ellos mismos sus electorados.

Desde el 11S la urgencia del miedo lo justifica todo en medio de la conmoción cotidiana que provoca la experiencia global de la incertidumbre. Empezando por abolir la dimensión cronológica de la deliberación racional y apostando por un decisionismo que nace del impulso de evitar cualquier sensación colectiva de que los problemas crecen porque se congestionan al no decidir con prontitud sobre ellos. Precisamente evitar la espera se convierte en un objetivo primordial del populismo. Si el miedo impone un estado de excepción permanente, la política populista decide sin pensar. Actúa como si fuera un resorte que demuestre de inmediato que se tiene una sensibilidad a flor de piel en relación a los problemas que angustian a la gente. De hecho, conectar en tiempo real con quienes padecen la necesidad

de una respuesta es un signo de que la política sintoniza con las urgencias de un pueblo que pide carisma aunque no se acierte. Poco importa la formación responsable del juicio de una decisión que busca erradicar los problemas. Lo relevante es que la política despliegue un liderazgo mágico que consuele decidiendo. Lo que se pide en la calle es que el líder esté en ella compartiendo la ansiedad de la urgencia, no pensando cuál es la decisión más idónea para desarraigar técnicamente el problema. El líder no puede dudar ni esperar. Debe actuar al momento. La fortuna maquiavélica vuelve a imponer la magia como experiencia de la política y el carácter carismático del líder regresa en olor de multitudes de la mano de un populismo transformado en cesarismo y que cree que ante una realidad ingobernable solo cabe la respuesta de apostar por el milagro que trata de concitar el sentimiento cuando inspira la decisión.

3. EL PROLETARIADO EMOCIONAL

Saberse parte de una clase despojada de su derecho a confiar en el futuro, a ser feliz y a disfrutar de mayor prosperidad es lo que ha hecho que sobrevenga un proletariado emocional transversal que ha canalizado su conciencia de clase hacia la condición de actor político. Un actor muy movilizado socialmente, que combate todo aquello a lo que culpa de su malestar: esa Modernidad en la que confió y que le prometió que el futuro era suyo. No hay que olvidar esta circunstancia si se quiere profundizar en la esencia de la psicología del populismo. La proliferación de una multitud de indignados con la experiencia colectiva que les toca vivir es básica para desenredar la maraña confusa de emociones que activa políticamente los populismos. En este dato se localiza el epicentro del fenómeno: en la constatación íntima por parte de millones de personas de saberse desposeída de la plusvalía de felicidad y esperanza que la Modernidad les dijo que tenían derecho a materializar como parte alicuota de la ciudadanía.

Acostumbrados a una estructura de sucesivas generaciones de derechos que se propagaban incesantemente gracias al desarrollo del Estado del bienestar, el parón de la crisis ha dejado a muchos ciudadanos instalados en un ánimo de pérdida de expectativas de progreso y prosperidad. Esta circunstancia ha liberado los malos humores de quienes se sienten engañados por una institucionalidad que no ha sabido impedir que la crisis se llevara por delante su bienestar material. La certeza de que se les dejó sin cobertura ha precipitado su ansiedad psicológica y, vinculada a ella, una psicología de clase transversal perdedora y maltratada por la hegemonía de unas minorías

extractivas que se han protegido de la crisis mediante un blindaje de casta en forma de privilegios.

Lejos de la resignación, el proletariado emocional se ha movilizado políticamente en forma de multitud que se ha reservado el voto como instrumento de reparación emocional y escarmiento frente a los poderosos e intocables. A través del voto se ha corporeizado la ira sedimentada en la conciencia de una clase proletaria posmoderna. Una clase transversal y multigeneracional. Una muchedumbre indignada que vive deseosa de que se haga justicia al precio que sea. Esa multitud de perdedores, en palabras de Sloterdijk, se ha revuelto contra las reglas de juego de la democracia liberal. Las ha impugnado y cuestionado y ha ofrecido una alternativa a las mismas. El arranque de este movimiento está en una configuración multitudinaria parecida a un grupo de interés electoral. Su voto se rige por la psicología de un perdedor que trata de maximizar el efecto dañino y antisistema de su papeleta electoral.

Así, el proletariado emocional proyecta sus problemas políticamente por medio de las urnas, donde puede maximizar la estructura igualitaria de la democracia que, a sus ojos, ha sido traicionada. El voto reviste un carácter contrariado en el que el rencor aflora como una especie de catarsis vengativa por no haber logrado alcanzar las expectativas a las que se creía con derecho.

El voto populista busca que el malestar que expresa se haga general y soporte de una acción de gobierno. Con el voto se introduce un mecanismo compensatorio que reparte responsabilidades entre todos. La suma de una mayoría transversal de malestares que se congregan alrededor de un líder populista contribuye a mitigar el efecto individual de sentirse perdedor. Bajo la sombra del líder nadie puede quedarse al margen de la experiencia colectiva de ver cómo su gobierno convierte el sumatorio de problemas individuales que le han granjeado los votos en un problema colectivo compartido por todos. Es la manera de hacer común su malestar y que todos participen de la experiencia negativa que atenaza su realización personal. De este modo, el populismo elabora un diseño comunitarista del pueblo sobre la base de una comunidad redistributiva de malestares.

Esta tendencia se agudiza cuando se pone al servicio de un líder cesarista que se autoproclama vengador de la gente que sufre y que necesita ser resarcida en su dolor: una función que asumen con gusto todos los líderes que emergen por el impulso populista. En todos los fenotipos sociales que alimentan el populismo está siempre lo mismo: el grito menesteroso de una frustración individual que busca socializarse. Antes, cuando el Estado de bienestar no estaba en cuestión, se canalizaba mediante el otorgamiento de derechos y su satisfacción monetizable económicamente. Ahora, cuando

el modelo está debilitado y los recortes impiden recuperar los subsidios, el populismo se introduce sistémicamente al convertir la frustración individual en un problema colectivo que los demás también deben soportar y ayudarle a gestionar, puesto que amenaza la paz social. Precisamente la dialéctica schmittiana del amigo-enemigo es el instrumento de agitación de la convivencia y lo que permite la articulación de mayorías permanentes que ensombrecen la democracia y la precipitan en la vigencia cotidiana de su reverso. Una experiencia colectiva que desmiente la democracia al frustrarla a golpe de perseguir a las minorías que se oponen a la mayoría sobre la que el populismo sustenta su labor política.

El populismo tiene la vocación de ser el altavoz de la visibilidad de quienes sufren en silencio. Un altavoz que se alza contra lo establecido y que lo desprecia acusándole de ser el causante de la invisibilidad del dolor de la gente. El fin es enemistarse y pasar factura política a todos aquellos que configuran las elites, la clase política o cualquier expresión de patriciado que fije una barrera clasista que aparte a la gente común de las pautas normalizadoras de la sociedad. Portavoz de esa nueva plebe en construcción, el populismo centra su lucha en socavar los fundamentos de legitimidad del Estado y de su institucionalidad democrática. El objetivo es que emerja una mayoría que se eternice como una especie de gran coalición negativa o reactiva capitaneada por un César y que conduzca a una forma de democracia plebiscitaria cuyo único programa de gobierno es combatir a sus antagonistas.

La democracia se convierte en un pulso de contrarios. Un conflicto perpetuo que malogra la experiencia de la idea liberal de pueblo como sujeto político que integra las diferencias dentro de un relato compartido de comunidad. Así, el populismo corrompe al pueblo como sujeto y lo convierte en una criatura que renuncia a organizarse como un proyecto racional que trata de salvaguardar el derecho de cada uno a vivirse diferente dentro de una estructura de derechos amparada por la ley, la tolerancia y el pluralismo. Con él, la democracia enferma y se impugna la tesis de que la convivencia pueda asentarse sobre una base racional que integra a los contrarios y a los diferentes. El contrato social se deshace y el ciudadano pierde su protagonismo ante la multitud. Los derechos individuales se relativizan ante los colectivos y, finalmente, la búsqueda de un pluralismo razonable se ve arrollada por la provocación constante del conflicto para mantener el pulso sentimental de la gente frente a sus contrarios.

Bajos los efectos del populismo, la democracia —lejos de enfriar—, caldea las emociones al considerarlas más importantes que las razones. No en balde dice de ellas que nacen de la sinceridad doliente y espontánea de quienes las padecen. Desprecia así la lógica kelseniana y rawlsiana de la democracia deliberativa y moralmente relativista que permite la conviven-

cia de los diferentes para invocar la lógica ortodoxa de una democracia de absolutos. Por eso no es de extrañar que desde las filas populistas se reivindique el fanatismo, la intolerancia y la superstición si son el precio social que hay que pagar para evitar que la gente sufra por culpa de las clases extractivas tradicionales y su invocación de los principios liberales. Asumir la debilidad institucional, el estancamiento deliberativo, la insulsez y el relativismo perduren, es intolerable para la mentalidad populista. Se trata de vicios inasumibles para un populismo que cuestiona el moderantismo como estabilizador de la democracia al invocar el conflicto interior como único dinamizador de la convivencia colectiva. Algo que es imprescindible para que el populismo progrese en su intención de convertirse en el relato fundante de una nueva democracia al servicio del malestar que habita la psicología colectiva del proletariado emocional.

4. HOBBS Y NIETZSCHE A CAPELA

El sumatorio político del miedo y el resentimiento tiene como consecuencia el producto ideológico populista. Un sumatorio que funciona *a capela*, como una especie de composición musical que integra una confluencia de psicologías inestables que desprecian la razón y que fluyen hacia una devastación de la institucionalidad liberal y democrática que busca la ruptura y el reseteo político de las sociedades abiertas.

En este proceso, Hobbes y Nietzsche van de la mano. El primero, tiene que ver con la sensación de vulnerabilidad que propaga la crisis de seguridad desatada tras el 11 S. El segundo, con la tensión emocional que libera la crisis psicológica que una Ilustración en retirada plantea a la hora de visitar un relato ilusionante que comprometa al conjunto de la sociedad con las promesas del progreso.

Hobbes ha vuelto calzando las botas de una angustia colectiva que nace de la incapacidad de la democracia a la hora de ofrecer respuestas a las preguntas que la sociedad plantea acerca de su futuro. La sensación de vulnerabilidad y riesgo físico aumentan según crece la percepción de hallarnos viviendo dentro de una especie de ratonera de inseguridad global. De hecho, el miedo es hoy en día uno de los vectores de nuestra experiencia vital colectiva e individual. Se ha convertido en el sustrato cotidiano de nuestras sociedades. Socaba la resistencia ética del cuerpo cívico a oponerse a todo aquello que rompe los fundamentos morales que hacen edificante y deseable la democracia y que podrían resumirse en la creencia de que la libertad de cada uno solo puede comprenderse mediante el respeto a las diferencias de los otros. Un respeto que se proyecta como una mirada empática de gran

angular, integrando la alteridad que nace de la religión, la cultura, el género o la lengua que aloja la compleja fisonomía mestiza de Occidente.

Cuando la alteridad deja de verse como una oportunidad para crecer en diálogo con los demás, brota la pulsión del miedo. Miedo a disolverse en los otros porque lo propio no está lo suficientemente enraizado. Así, se propaga como un reguero de pólvora que enciende la mecha del populismo y que nace de la incapacidad de ver al otro como un espejo de nosotros mismos. Incapacidad que se agudiza cuando el caos, el desorden, la incertidumbre y la incapacidad de dar explicaciones sobre lo que sucede individual y colectivamente agravan la sensación de estar habitando un mundo sin una cobertura explicativa que nos dé respuestas frente a las tempestades de riesgos que desbordan nuestra capacidad de resistencia ilusionada.

El miedo, por tanto, es la palabra que explica la ansiedad que hace inviable la serenidad cívica. Miedo real y directo que compromete y condiciona la vida. Miedo a perder el estatus, a no recuperar el que se tenía o a no poder escalar socialmente de acuerdo con las habilidades profesionales adquiridas. Miedo físico y emocional, agudizado por una crisis que lo ha elevado a constante transversal del inconsciente colectivo. Es tal el impacto que genera el miedo que el populismo no puede entenderse sin él y sin las raíces psicológicas que actúan detrás de él. Y es que detrás del colapso de las Torres Gemelas, la escalada de la prima de riesgo o la escena de los directivos de Lehman Brothers transportando sus cajas, subyace la potencialidad angustiosa del miedo y de su capacidad para desertizar los rescoldos de esperanza que subsisten a nuestro alrededor.

La mayoría de la gente se siente desamparada y traicionada por aquellos que prometieron que el futuro siempre sería mejor. La percepción hobbesiana de que todo lo que está alrededor acecha a la identidad y compromete el bienestar es una vivencia generalizada y transversal. Lo mismo que la experiencia del mundo, que para muchos se ha convertido en un laboratorio hostil que propaga caos y desorden y para el que falta un relato que explique que está sucediendo en él. De ahí que prenda la sensación de haber retrocedido a un estado de naturaleza que es sinónimo de estado de guerra. El pacto que fundó el Estado está en cuestión. La confianza se ha roto y se ha extendido la percepción hobbesiana de que el hombre es un lobo para el hombre. Con ello se refuerza la percepción igualitaria de que volvemos a tener los mismos derechos originales y que queda en entredicho el respeto de las desigualdades legítimas que surgieron tras el pacto que garantiza el destierro del miedo. Y es que si no hay seguridad, entonces, todo está en cuestión, empezando por las desigualdades, que pasan a ser ilegítimas porque renace la igualdad radical que existía en el estado de naturaleza.

Precisamente esta igualación radicalizada de nuestro estatus es lo que justifica la pretensión populista de resetear las estructuras jerarquizadas de una sociedad cuestionada de raíz por una mayoría que se considera a sí misma perdedora. Es en contexto donde el resentimiento brota como una pulsión beligerante que culpa a los otros e invoca la tabla rasa. Desde ella se enhebra un relato que proclama una nueva plebe que será el origen de un pueblo renovado que refunde la democracia sobre una legitimidad populista. Hablamos, por tanto, de una pulsión que recrea una y otra vez la vigencia del dolor asociado a la experiencia de perder y temer. Especialmente porque la pérdida que da pie al resentimiento es una razón de ser identitaria para quien la protagoniza y la convierte en el motivo del sentimiento de su voto. De ahí que el populismo impugne directamente la lógica deliberativa de la democracia liberal. No podría ser de otro modo, pues solo así la impotencia moral del humillado evoluciona hacia el resentimiento como “ultima ratio”. En realidad, el populismo quiere acuartelar a la gente dentro de ese sentimiento y militarizarlo dentro de una uniformidad que desprecia al otro y se niega a concederle ninguna duda de razonabilidad a su enemigo. Decreta su muerte civil y lo proscribte emocionalmente con el fin de no poder entablar ninguna pasarela de empatía hacia el contrario. Y es que aceptar la alteridad sería tanto como respetar los fundamentos pluralistas y tolerantes de la democracia liberal, circunstancia por la que el populismo nunca pasará porque lo que quiere es negar su legitimidad moral de principio a fin. Algo que solo puede pasar si se niega a respetar al adversario elevándole a la categoría de enemigo.

5. EL LIBERALISMO EN RETIRADA

El desenlace de este vector dual que suma a Hobbes con Nietzsche es la derrota de Locke y, por tanto, la retirada del liberalismo como soporte de legitimación intelectual y jurídica de la democracia. Demolida la lógica contractualista y habilitado un estado de guerra que mantenga en tensión la experiencia de la plebe como una vocación de conquista del poder, el liberalismo sufre un asedio para el que no está preparado al haber hegemonizado el consenso que fundaba la alternancia de gobierno en la mayoría de las sociedades democráticas. De hecho, las filas teóricas del liberalismo ceden día a día terreno y sus defensores comienzan a constituir una nómina reducidísima. Acosadas por un populismo que se ha dotado de una musculatura que militariza su discurso, los liberales corren el riesgo de verse definitivamente vencidos e incapaces de dar respuesta al reto de cómo salvar las libertades positiva y negativa entrado el siglo XXI.

La adopción por el populismo de una estrategia que instaure una forma de nacionalismo social que propicia la destrucción de lo que suma y modera para invocar lo que divide y radicalizada, hace que las sociedades abiertas avancen hacia un colapso de sus fundamentos de tolerancia y pluralismo. Así, el rencor sigue fluyendo y evita que la democracia despliegue la generosidad integradora que favorece la superación de las diferencias y la conciliación de los contrarios a través de un reformismo que corrija los problemas que amenazan la paz social mediante la redistribución equitativa de la justicia.

De ahí que el populismo cuestione la lógica reformista del liberalismo democrático y azuce el resentimiento como una experiencia indignada que hace que la política populista no quiera ser dialogante con aquellos a los que atribuye su malestar y sufrimiento. Con esta maniobra se siembra el contexto que contribuye a la ruptura, que es el objetivo último buscado al desprestigiar los resortes dialógicos y la epistemología relativista que esgrime el liberalismo como soporte de la construcción de consensos reformistas que avancen en el desarrollo de una estructura equitativa de bienestar para todos.

Y es que para los populistas dialogar con aquel a quien consideran su enemigo es una traición a sus sentimientos y a su estrategia de oposición basada en la dialéctica. Las actitudes racionales no son operativas por ellos. Son románticos antipolíticos que se visten con la radicalidad moral de los indignados. Por eso su resentimiento impide cualquier negociación democrática, pues, si la aceptaran reconducirían el estado de guerra en el que viven y relajarían la tensión que militariza sus ideas. Si negociaran perderían el rictus de seriedad que acompaña su compromiso político y restarían credibilidad a la fuerza reactiva que concurre en su gesto airado.

Ante esta ofensiva el liberalismo se siente por el momento inerte y sin capacidad de respuesta política. No logra enfriar la agitación indignada que acompaña la dinámica del populismo porque su racionalidad lógica y su capacidad reformista están siendo negadas por aquel al invocar los sentimientos y promover liderazgos cesaristas que aspiran a administrar el miedo al servicio de ese proletariado emocional que piensa que si la política democrática y el mercado no impulsan nuevas esperanzas.

Conocedores de este fenómeno colectivo que suma el miedo y el resentimiento para derrotar al liberalismo, los líderes populistas despliegan artes demagógicas cada vez más eficaces a la búsqueda de la captación de electores que los respalden. Esto es lo que ha sucedido en los Estados Unidos y lo que avanza en el continente europeo a diario gracias a una rabia antioligárquica que crece y crece en medio de la retirada de un liberalismo que no sabe cómo impedir su victoria.

¿Cuál será el desenlace futuro que encierra esta pugna? Muy difícil saberlo, habida cuenta de la volatibilidad que la política proyecta en todo Occidente comienza a ser una constante que allana la fe en la personalidad de líderes cesaristas que deciden canalizar el miedo para su interés y, de paso, dar rienda suelta a ese resentimiento que configura el soporte estructural de una democracia que puede ver erradicados sus fundamentos liberales. Acosados por un panorama que recela de ellos y sin capacidad de reinención, el liberalismo está en retirada ante el auge de un populismo que va camino de convertirse en el relato que legitima una nueva forma de democracia. Se cumplen así los temores que Tocqueville auguraba después de su experiencia norteamericana hace dos siglos. Pero con ellos nos quedan también aquellas palabras suyas en las que el miedo y la esperanza se abrazan al afirmar que: “Habría amado la libertad, creo yo, en cualquier época, pero en los tiempos que corren me siento inclinado a adorarla”.